



El despertar de la izquierda latinoamericana y las teorías que lo acompañan

*Roberto López Sánchez**

Resumen

El trabajo analiza el desarrollo creciente de las fuerzas políticas de izquierda en América Latina en la última década, considerando las diferentes explicaciones de teóricos izquierdistas de reconocida influencia en la región. Se contrastan los programas basados en el reformismo político con las propuestas que apuntan a un nuevo tipo de socialismo, llamado ahora del "Siglo XXI". Se consideran los nuevos movimientos sociales que han proliferado en todos los países del área y su incidencia en este resurgir de las fuerzas de izquierda. Finalmente se exponen las dificultades prácticas que han encontrado los nuevos gobiernos de izquierda para implementar una política socioeconómica que vaya más allá del capitalismo e incluso del neoliberalismo. Se concluye en que existen tres tendencias teóricas que intentan orientar el despertar de la izquierda latinoamericana: la que promueve la vía reformista ante las dificultades objetivas del entorno mundial; la que enfatiza en el socialismo del siglo XXI como alternativa al capitalismo neoliberal dominante; y la que mira hacia los nuevos movimientos sociales y sus prácticas alternativas en escenarios distintos a la acción del Estado.

Palabras clave: América Latina, izquierda, movimientos sociales.

* Universidad del Zulia. Facultad Experimental de Ciencias. Departamento de Ciencias Humanas. Maracaibo, Venezuela. Correo: cruzcarrillo2001@gmail.com.

The Awakening of the Left in Latin America and its Accompanying Theories

Abstract

The paper analyzes the growing development of the political left in Latin America in the last decade, considering the various theoretical explanations of renowned leftist thinkers of significant influence in the region. Programs based on political reform are contrasted with proposals suggesting a new type of socialism, now known as of the “XXI century”. New social movements that have proliferated in all countries of the area and their impact on the resurgence of the left wing are considered. Finally, the paper presents the practical difficulties encountered by the new leftist governments to implement economic policies that go beyond capitalism and neoliberalism. We conclude that there are three theoretical trends that seek to guide the awakening of the Latin American left: the reformist way that promotes the objective difficulties in the global environment; the tendency which emphasizes the XXI century socialism as an alternative to the dominant neo-liberal capitalism and the one oriented towards the new social movements and their alternative practices in different scenarios outside State action.

Key words: Latin America, left, social movements.

Introducción

Latinoamérica ha vivido en la última década (1998-2008) una serie de cambios sociopolíticos que se caracterizan principalmente por el crecimiento de las fuerzas de izquierda y el debilitamiento de los factores tradicionales de poder. Diversos representantes de una izquierda que aún pareciera estar en proceso de definición y conformación han obtenido resonantes triunfos electorales en países como Venezuela, Brasil, Uruguay, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y recientemente Paraguay¹. Junto a

1 Cuba Socialista ha pasado a jugar un papel significativo en este ascenso de la izquierda latinoamericana, por intermedio del enorme apoyo político y económico que ha recibido del gobierno de Hugo Chávez. La participación de médicos, educadores y profesionales cubanos de diversas áreas por casi toda Latinoamérica ha revitalizado el fervor revolucionario de los pueblos hacia quien fuera la referencia principal de las luchas de la izquierda latinoamericana durante los años 60, 70 y 80.

ellos, los triunfos electorales del ala peronista representada por los esposos Kirchner en Argentina y de la socialista Bachelet en Chile, aunque sus definiciones hacia la izquierda pudieran estar más atenuadas, no obstante contribuyen a conformar una correlación de fuerzas de izquierda jamás vista en nuestro continente. Cuando el triunfo electoral no ha ocurrido, como en Perú y México, han estado de por medio acusaciones de fraude electoral.

Al mismo tiempo, diferentes movimientos sociales como los Sin Tierra en Brasil, los Piqueteros en Argentina, los pueblos indígenas en los países andinos, las organizaciones populares en México y Venezuela, han surgido con fuerza relevante y actúan como elementos de definición de los procesos políticos en sus respectivos países.

Acompañando este resurgir de la izquierda, en las relaciones internacionales América Latina también vive una época inédita, en la cual de diferentes formas está insubordinándose a los dictados del gobierno de Estados Unidos. Las votaciones y decisiones en la OEA en años recientes, incluyendo el mismo proceso en el cual fue electo el actual secretario general de la organización hemisférica, ejemplifican de manera contundente que ha nacido en Latinoamérica una fuerza sociopolítica de clara tendencia izquierdista, nacionalista y antiimperialista, aunque esté representada por factores nacionales muy diversos entre sí.

Hoy en América Latina se trabaja por construir el Banco del Sur, fortalecer el MERCOSUR, se construye el ALBA como alternativa latinoamericana a la propuesta norteamericana del ALCA, se busca terminar de crear a la UNASUR, y avanzar en un pacto militar suramericano. Estas cinco iniciativas, las principales de varios proyectos en pleno desarrollo, constituyen de por sí una política independiente de los dictados de los Estados Unidos y de los factores del centro de poder mundial (Parra, 1998)² que tradicionalmente habían dominado nuestros países.

Este resurgir de la izquierda latinoamericana ha ido acompañado de las propuestas de varios intelectuales, que de diferentes formas in-

2 Por Centro de Poder Mundial, entendemos, siguiendo a Parra Luzardo, el Grupo de Países industrializados (G-7), las organizaciones económicas multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y las grandes corporaciones multinacionales.

tentan abrir caminos teóricos o claves de interpretación de lo que está ocurriendo.

Pretendemos con el presente trabajo confrontar algunas de estas propuestas teóricas que intentan acompañar los cambios sociopolíticos latinoamericanos, para así contribuir al necesario debate sobre los programas de transformación social que a comienzos del siglo XXI presagian para América Latina una época de revoluciones. Revoluciones algo atípicas, es cierto, por su carácter pacífico, pero que responden a las modificaciones experimentadas en el mundo globalizado durante las últimas décadas.

El fin de la historia vaticinado por Francis Fukuyama no ha ocurrido en América Latina (Fukuyama, 1992)³, y por el contrario, nuevas teorías revolucionarias se desarrollan al calor de procesos de lucha social y confrontación política las cuales ratifican que las contradicciones del capitalismo global siguen intactas. Las desigualdades entre ricos y pobres, entre explotados y explotadores, entre países imperialistas y países dependientes, vuelven a presentarse como motorizadores de la lucha de nuestros pueblos por conquistar la verdadera independencia nacional, la integración regional y el bienestar colectivo de los ciudadanos.

De acuerdo con esto, se piensa que hoy en América Latina se debe hablar de izquierdas, en plural, debido a la profunda diversidad de conformaciones políticas y programas originales que guían las acciones de estas fuerzas en cada país. Para ir más allá del concepto de izquierda que utilizan (Rodríguez y Barret 2005) establece a la izquierda como promotora de la igualdad entre individuos y grupos sociales, con una visión horizontal de la sociedad, en contraste con la derecha que valora positivamente las jerarquías sociales y defiende las virtudes económicas y políticas de la desigualdad, incorporamos la definición que hace (Harnecker, 2004: 142) quien concibe a la izquierda como:

3 Francis Fukuyama, intelectual estadounidense, sostuvo en un ensayo publicado en 1989 (titulado ¿El fin de la historia?, idea profundizada luego en 1992) lo que él llamó “el fin de la historia”, entendiéndolo por ello que el modelo neoliberal imperante en el mundo globalizado era capaz de eliminar los conflictos en nuestras sociedades, destinadas a vivir en armonía de aquí en adelante.

el conjunto de fuerzas que se oponen al sistema capitalista y su lógica del lucro, y que luchan por una sociedad alternativa, humanista y solidaria, construida a partir de los intereses de las clases trabajadoras, libres de la pobreza material y de las miserias espirituales que engendra el capitalismo. La izquierda no se reduce entonces a la que milita en partidos u organizaciones políticas de izquierda, sino que incluye a actores y movimientos sociales.

Sin duda el mundo ha cambiado en las últimas décadas, particularmente después de la caída del bloque de países socialistas encabezados por la antigua URSS. La izquierda que ha surgido en Latinoamérica a partir de allí no se parece mucho a la anterior, pero los triunfos alcanzados ahora comienzan a perfilar como una época de cambios en la cual pudieran alterarse los mecanismos de dominación tradicionales que por varios siglos ha mantenido el capitalismo global hacia América Latina. La soledad del gobierno de Estados Unidos en la OEA, con motivo del reciente ataque militar colombiano contra las FARC en territorio de Ecuador, es clara demostración de que vivimos una nueva época en la cual el imperio del norte ya no dicta las órdenes a gobiernos latinoamericanos sumisos, que lo que comenzó como una circunstancia muy específica, el triunfo electoral de Hugo Chávez en 1998, ha terminado convirtiéndose en una gran avalancha sociopolítica que abre una nueva era de cambios para América Latina.

1. La izquierda latinoamericana entre el reformismo necesario y el socialismo posible

Intelectuales que ya tenían una trayectoria en la izquierda latinoamericana, como Marta Harnecker, James Petras y Heinz Dieterich, y otros menos conocidos internacionalmente como John Holloway, han incursionado con obras o con opiniones escritas sobre el proceso de expansión izquierdista de la última década.

Las ideas que surgen de esta nueva ola de teorizaciones de los intelectuales izquierdistas, parten de considerar que las propuestas de luchas transformadoras deben ser una reformulación crítica de las fracasadas experiencias del socialismo soviético (este último mejor conocido como “socialismo real” o “socialismo realmente existente”). Sobre la base de sus opiniones críticas y de sus propias versiones sobre las cau-

sas del fracaso de la Unión Soviética y demás países socialistas de Europa oriental, algunos de estos teóricos vuelven a proponer, de diferentes formas y en diferentes etapas, el socialismo como programa político que debe orientar a los procesos de transformación que se desarrollan en Latinoamérica, como es el caso de Heinz Dieterich. Otros autores enfatizan en la imposibilidad objetiva de realizar transformaciones profundas y concluyen en la necesidad de una política reformista, como proponen Harnecker y Borón. En una ruptura abierta con la tradición teórica de la izquierda latinoamericana y acercándose al anarquismo, otros como Holloway plantean una estrategia de contrapoder, al margen del estado y sus instituciones.

Heinz Dieterich, de origen alemán y radicado en México desde los años 70, ha sido propulsor de un “nuevo socialismo” que supere tanto al capitalismo liberal como al modelo socialista aplicado en la URSS. Sobre esta última experiencia del socialismo real, considera que mantuvo características propias del capitalismo, como “...la producción industrial a gran escala (fordismo), la economía mercantil (el mercado) y el Estado autoritario...” (Dieterich, 2001: 12)⁴. Estas fallas del socialismo real deberán ser superadas por un nuevo socialismo que se fundamente en la democracia participativa, la economía de equivalencias y el sujeto ético-racional (Dieterich, 2001). Este autor se aferra al resurgir de la lucha social en América Latina, a los movimientos antiglobalizadores como las protestas ocurridas en Seattle en el año 2000 y el Foro Social Mundial de Portoalegre (Brasil), como evidencias de que la lucha de clases contra el capitalismo se ha revitalizado y que el socialismo debe volver a proponerse como una salida a sus contradicciones. “El conflicto entre los que tienen y acumulan y aquellos que no tienen y son empobrecidos, no se resolverá por teleconferencias y filantropismo de los ladrones globales, sino sólo por el poder” (Dieterich, 2001: 12).

4 Hacemos la observación de que colocamos (en la bibliografía) el título de la obra que el mismo autor menciona en el prólogo de la misma, pero en la edición de la Alcaldía de Caracas, se omitió la referencia al “nuevo socialismo” y se colocó “Democracia participativa y protagonismo social”, probablemente porque en esa época, año 2001, el chavismo no utilizaba el concepto de socialismo como fundamento de su programa político. Recientemente, en 2007, el mismo libro ha sido publicado bajo el título “El socialismo del siglo XXI”. Fundación para la investigación y la cultura. Bogotá (Colombia).

Ese poder, de acuerdo al autor, se conquistará mediante un Nuevo Proyecto Histórico que debe instaurar al nuevo socialismo, cuyo fundamento será la democracia participativa. Dieterich toma para sí afirmaciones de Samir Amin en el Foro de Porto Alegre, al afirmar que “la única alternativa al caos neoliberal es el socialismo”. De esta forma, el autor vuelve a colocar el socialismo como propuesta programática para orientar las luchas de los pueblos en América Latina.

Dieterich ha llamado a su propuesta “Socialismo del siglo XXI”, frase tomada por el presidente Chávez en Venezuela y convertida en consigna de los movimientos populares latinoamericanos. Otros presidentes como Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia también han hablado del socialismo del siglo XXI como una propuesta transformadora que supera los errores del socialismo real, pero que a la vez se enfrenta al capitalismo globalizado.

Dieterich propone para América Latina la alternativa del Bloque Regional de Poder. Según el autor, los procesos que se desarrollan aquí, si bien son nacionales en su origen, tienen un contenido regional, pues son la respuesta a contradicciones similares presentes en todos nuestros países (Dieterich, 2001). Para avanzar hacia allá, Dieterich afirma que primero se deben constituir los sujetos sociales y elaborar los programas políticos que guíen la lucha de los pueblos latinoamericanos. La región debe enfrentar la reformulación por los Estados Unidos de la Doctrina Monroe, cuyas expresiones actuales son el ALCA y el Plan Colombia, promoviendo un capitalismo proteccionista de estado de carácter regional, y cuyo instrumento debe ser el MERCOSUR, por no estar controlado por los norteamericanos. Junto a este proteccionismo estatal, se debe implantar una nueva forma de democracia, la participativa. De esta forma, la región se colocaría en vía de trascender al capitalismo y conquistar el nuevo socialismo, del siglo XXI (Dieterich, 2001).

Aunque Dieterich no ha estado contratado como asesor del presidente Chávez, ha venido en diversas ocasiones al país, y se puede comprobar cómo muchas de sus propuestas han sido promovidas por el presidente Venezolano, particularmente el fortalecimiento del capitalismo de estado, el ingreso al MERCOSUR, y la difusión del socialismo del siglo XXI como programa político.

Marta Harnecker (2004: 148), de origen chileno y quien participara en la experiencia socialista de Allende, para luego vivir en Cuba por va-

rias décadas, extrae conclusiones algo diferentes a Dieterich cuando analiza la caída de la URSS. Para ella, la caída del socialismo soviético significó "...el fin de la era de las revoluciones antiimperialistas..." Según Harnecker, la modificación en la correlación de fuerzas a nivel mundial a favor del imperialismo estadounidense, debido al derrumbe de la Unión Soviética, hace "...muy difícil, sino imposible, que se consolide un proceso revolucionario antiimperialista en América Latina" (Harnecker, 2004: 148).

La tesis de la autora propone que primero debe darse una "...articulación de los países más fuertes de América Latina: Brasil, Argentina, Venezuela, Colombia...", para que pueda renacer una lucha contra la globalización neoliberal. Para ello la izquierda debe trabajar por crear un "...amplio frente neoliberal...", que reúna a obreros y campesinos, pequeños y medianos empresarios, profesionales, cooperativistas, productores rurales y sectores capitalistas que entren en contradicción con los capitales transnacionales (Harnecker, 2004: 151).

Harnecker (2004) pone como ejemplo el triunfo electoral de Lula Da Silva en Brasil, en el 2003, como resultado de una amplia política de alianzas, necesaria para ganar las elecciones y necesaria para gobernar el país. La referida autora habla de la fragilidad de los gobiernos de izquierda en Latinoamérica, cuyas decisiones son tuteladas por los grupos dominantes mundiales: las grandes agencias financieras internacionales, como el FMI y el Banco Mundial. Tal vez por ello se ha tolerado el triunfo de candidatos de izquierda, porque éstos tienen cada vez menos posibilidades de modificar la situación imperante.

La solución propuesta por Harnecker es avanzar en los mecanismos de integración regional y en la capacidad que tengan los movimientos populares de organizarse, crecer y transformarse en una fuerza decisiva que incline la balanza hacia las fuerzas progresistas (Harnecker, 2004). La izquierda debe concentrarse en demostrar su eficacia a través de gobiernos locales, para acumular fuerzas.

Estas fuerzas de izquierda deben enfrentar la campaña negativa que contra las ideas socialistas se realiza a través de los medios y otros mecanismos que facilitan "la dirección cultural" de la burguesía sobre la sociedad. Tal vez debido a esta "mala fama" construida ideológicamente contra las ideas socialistas, es que Harnecker no defiende una lucha socialista como norte inmediato de las luchas de la izquierda latinoameri-

cana. Su propuesta en cierta forma significa que las ideas socialistas deben enmascararse bajo otras denominaciones, para que puedan ser aceptadas por una población influenciada por la larga campaña anticomunista de los medios, del aparato educativo y de la propaganda capitalista. Es por ello que aún reconociendo que la Misión Vuelvan Caras, desarrollada por el gobierno de Hugo Chávez en Venezuela, se desarrolla bajo un modelo económico distinto al capitalismo, no lo identifica con el socialismo, sino que prefiere denominarlo como "...humanista y solidario..." (Harnecker, 2004: 157).

Harnecker trabajó en el Palacio de Miraflores por varios años (2002-2005), como asesora presidencial, y sus aportes se orientaron más a fortalecer el desempeño local del gobierno, a través de las llamadas "misiones". En la política nacional e internacional, Harnecker actuó más como contenedora de las posiciones radicales que se formulaban desde sectores del chavismo.

Las opiniones de Harnecker coinciden con las de Atilio Borón (2005: 420) sociólogo argentino, quien afirma que "en la actual coyuntura nacional e internacional, el reformismo aparece como la única oportunidad de avanzar, mientras se modifican las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para ensayar alternativas más prometedoras"

La obligatoriedad del camino reformista ante la dificultad objetiva y subjetiva de la revolución, lleva a Borón a alertar del peligro que tendrían las intenciones transformadoras si se quedaran simplemente en reformas que "...no cambien la naturaleza de la sociedad existente...", como dice el autor citando a Rosa Luxemburgo. Sin una utopía política audaz y movilizadora, dice Borón, las iniciativas reformistas se extinguirían y llevarían a la capitulación de los gobernantes, quienes quedarían como simples administradores de la rutina del capitalismo. Para este autor, la necesidad de plantear alternativas al neoliberalismo y al capitalismo, obliga a la izquierda a hablar nuevamente de socialismo y de revolución (Borón, 2005: 428).

En la necesidad del camino reformista coinciden también Rodríguez y Barrett (2005). Estos autores afirman, al igual que otros, que la caída del socialismo en la URSS cerró las posibilidades a las políticas revolucionarias que desde la izquierda latinoamericana enfatizaban en la lucha armada como estrategia y en el socialismo como objetivo final. La idea de revolución ha sido reemplazada, según estos autores, por la idea de de-

mocracia en el ideario político de la izquierda. La necesidad política de las fuerzas de izquierda de recurrir a formas de participación democrática, sobre todo en aquellos países que en los años 80 salieron de dictaduras militares, ha llevado a la izquierda latinoamericana a profundizar sus propuestas en torno a la democracia, haciendo uso no sólo de la democracia representativa, sino a plantear la democracia participativa, que se entiende como una revitalización de la sociedad civil y de la articulación de ésta con el estado (Rodríguez y Barrett, 2005).

John Holloway, de origen irlandés y radicado en México desde 1991, expresa una visión alternativa a los anteriores autores que hemos considerado, pues aunque parte igualmente de una perspectiva marxista, su tendencia autonomista lo lleva a diferenciarse de todas las propuestas que colocan al estado como centro de la estrategia izquierdista.

Afirma que los gobiernos de izquierda en todo el mundo no han podido poner en práctica los cambios anhelados por los pueblos. En la mayoría de esas experiencias, el resultado ha sido la reproducción de las relaciones de poder que excluyen al pueblo y reproducen injusticias materiales. Los gobiernos socialistas crearon sociedades en la que los individuos no participan en su desarrollo, sino que permanecen tutelados por el Estado.

Para el autor, el fracaso de las experiencias socialistas del siglo XX (tanto las “reformistas” como las “revolucionarias”), es el fracaso de concebir a la revolución a partir del control de Estado. La izquierda ha concedido equivocadamente el papel del Estado en la sociedad.

En este mismo orden de ideas, el Estado nacional está en realidad subordinado a una red global que configura el modo de producción capitalista. El carácter nacional de las revoluciones socialistas se olvidó de que existen otras formas de dominación del capital que no se manifiestan a través del Estado. Por tanto, la lucha revolucionaria no debe orientarse a conquistar el poder del Estado, pues de esa forma la lucha estaría perdida desde el comienzo. La lucha debe buscar la construcción de un “...anti-poder...” (Holloway, 2002: 32).

De allí su propuesta principal: dado que la revolución anticapitalista sigue siendo una necesidad, el desafío revolucionario del siglo XXI es cambiar el mundo sin tomar el poder. En apoyo de su tesis, Holloway (2005) menciona el debilitamiento de los tradicionales partidos marxis-

ta-leninistas y socialdemócratas, y el surgimiento de espacios de anti-poder, como la rebelión zapatista en México y los movimientos antiglobalización.

Aunque Holloway se identifica con la propuesta de los consejos obreros como forma de organización de esa sociedad alternativa al capitalismo (Holloway, 2002: 302), plantea que no debe haber un modelo fijo de organización. Cada fase de la lucha debe desarrollar sus propias formas de organización comunal. La estrategia revolucionaria, que él define como la "...anti-política...", debe orientarse hacia dimensiones diferentes a las del capital.

Las tesis de Holloway, muy afines al programa político enarbolado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México, se fundamentan más en lo que no se debe hacer, que en una definición clara sobre lo que la izquierda debe hacer. "Preguntando caminamos", dicen los zapatistas y Holloway lo repite. No hay certeza acerca de cómo hacer la revolución, pero ella es más urgente que nunca. Para el autor, preguntar por el camino es el proceso revolucionario mismo. Tal vez el bajo perfil cumplido por los zapatistas en los últimos años, particularmente su desvinculación del movimiento social que apoyó la candidatura de López Obrador, se explique por esa falta de definiciones que Holloway considera su virtud, pero que la realidad pareciera indicar que constituye su defecto.

No obstante, la crítica de Holloway a las tesis leninistas tiene vigencia en una realidad latinoamericana en la cual las "vanguardias" tradicionales han quedado rezagadas ante los cambios sociopolíticos y nuevos movimientos de diferentes orígenes y programas asumen la dirección de las luchas populares. Holloway enfatiza en que los zapatistas valoran al ciudadano común ("somos gente común, es decir, rebeldes"), contraponiéndolo a la tesis de Lenin de que los obreros por sí solos no pueden tomar conciencia revolucionaria, y que esa conciencia debe ser introducida desde afuera, por los revolucionarios profesionales del partido.

A diferencia de los obreros según Lenin, los cuales necesitan de líderes que los conduzcan, para los zapatistas la cuestión está en sacar el conocimiento que ya está presente en el pueblo, aunque en forma embrionaria, reprimida, contradictoria. Para Holloway, y los zapatistas, el proceso revolucionario es un proceso colectivo. A la lógica tradicional del partido como instrumento para la revolución, Holloway contrapone

la lógica de los consejos. Según él, el consejo es la forma de organización que mejor expresa la sentencia de que somos gente común, es decir, rebeldes. En el enfoque consejista no hay ningún modelo que se pueda aplicar. Es cuestión de hacer camino al andar.

En esta relación contradictoria, Holloway parece acertar al diagnosticar los vicios de las organizaciones y partidos tradicionales, así como de sus programas políticos (la idea errónea de creer que tomando el control del Estado se realiza la revolución). Pero al proponer ideas alternativas, se queda corto en las definiciones específicas acerca de esas formas de organización consejista, así como en las características básicas de un modelo económico alternativo al capitalismo que se pueda ir construyendo desde las bases populares.

De esta forma, la propuesta de Holloway puede concebirse para un largo plazo, a través del cual los movimientos populares vayan asumiendo conciencias y formas organizativas alternativas a los programas y partidos tradicionales. Pero en una América Latina en erupción social, esta propuesta pudiera quedarse rezagada ante las urgencias de movimientos sociales que requieren de orientación, programas políticos y formas de organización en términos inmediatos.

2. Los nuevos movimientos sociales y su papel en el resurgir de la izquierda en América Latina

Los nuevos movimientos sociales latinoamericanos han jugado un papel estelar en el despertar de la izquierda en nuestro continente. En esto coinciden todos los analistas de este proceso político. Probablemente las movilizaciones indígenas que se iniciaron en Ecuador a comienzos de los años 90 marcaron el punto de partida de estos nuevos movimientos sociales que han venido a refrescar y transformar considerablemente a lo que hasta ahora se tenía como fuerzas de izquierda.

Algunos autores, como Rodríguez y Barret (2005: 27), colocan al levantamiento zapatista en Chiapas (México), ocurrido el 1º de enero de 1994, como el "...evento que simboliza el surgimiento de la nueva izquierda...". Pensamos que esta conclusión es equivocada, si consideramos que la experiencia zapatista difiere en lo fundamental del resto de experiencias vividas por las fuerzas de izquierda latinoamericanas en los últimos quince años. El EZLN ciertamente expone una propuesta de acción

política que trasciende los marcos tradicionales tanto de la perspectiva revolucionaria inspirada en el marxismo-leninismo como de las versiones reformistas influidas por la socialdemocracia⁵. Pero sucede que el zapatismo se presenta al mismo tiempo como una estructura militar guerrillera, clandestina y de carácter permanente, características que en nada los diferencian de las tesis guevaristas de los años 60.

Entre el Che Guevara y el Subcomandante Marcos no hay muchas diferencias visibles. Intelectuales de clase media que abandonan la ciudad y se internan en la montaña para luchar junto a los campesinos y los indígenas, en un esfuerzo básicamente voluntarista, y utilizando como herramienta principal una estructura militar permanente, el ejército guerrillero, que para poder funcionar obviamente debe responder a líneas de mando y subordinación. Una realidad práctica que se presenta muy distante del concepto de democracia y participación que postulan los zapatistas.

Los efectos de una estructura militar permanente en la estrategia de la izquierda los podemos observar claramente en Colombia, en donde la permanencia por décadas de las fuerzas guerrilleras han terminado creando una realidad en la cual los mandos militares revolucionarios son al mismo tiempo los jefes políticos de las fuerzas progresistas y de izquierda, como se observa en la llamada Coordinadora Continental Simón Bolívar, que tiene expresiones políticas en diferentes países de América Latina, pero que es una estructura subordinada a la comandancia de las FARC.

Por otra parte, la estrategia de los zapatistas ha sido la de mantenerse al margen de cualquier participación electoral. Muy diferente a lo aplicado por las diferentes conformaciones de izquierda en el resto del continente y en el propio México. Precisamente los grandes triunfos de la izquierda se han suscitado en el terreno de la participación electoral, como dijimos al principio de este trabajo. En el mismo México, la voluntad de cambio social expresada en el gran apoyo recibido por López

5 Sin dejar de reconocer que la mayoría de partidos comunistas de Latinoamérica, inspirados en el marxismo-leninismo, no fueron más allá de prácticas reformistas muy similares a las de la socialdemocracia. Salvo en países como Venezuela y Colombia, donde los partidos comunistas se involucraron en la lucha armada.

Obrador en las elecciones presidenciales del 2006, voluntad de cambio frustrada por el fraude perpetrado por el partido de gobierno (PAN), contrastó con las posiciones abstencionistas de “la otra campaña” que encabezó el subcomandante Marcos por todo el país y que no logró niveles significativos de respaldo popular, aunque sí haya podido restarle a AMLO los votos necesarios para lograr el triunfo o dificultar el fraude.

En vez de mirar hacia el zapatismo como paradigma del despertar de la izquierda latinoamericana, somos de la opinión que el levantamiento popular espontáneo de febrero y marzo de 1989 en Caracas, más conocido como “El Caracazo”, tiene más argumentos para mostrarse como la fecha inaugural de la nueva época que vive nuestro continente. En este campo imperan en los análisis de los teóricos de la nueva izquierda, el peso de los prejuicios de la “vieja” izquierda, que continúan valorando acciones efectistas como las que realizan los zapatistas, recurriendo a la vieja simbología de la izquierda guerrillera, cuando en realidad esa experiencia de Chiapas habría que considerarla más como un caso excepcional y no como ejemplo de lo que ocurre en Latinoamérica.

Los sucesos de febrero y marzo de 1989 constituyeron la movilización social más significativa del siglo XX venezolano. La insurrección espontánea constituyó la respuesta del pueblo a décadas de marginamiento del proceso político venezolano. La espontaneidad y anarquía de la protesta del 27-F reflejó el debilitamiento del tradicional control que tenían los partidos sobre el movimiento popular, como expresión del desprestigio que las estructuras partidistas habían alcanzando en los años anteriores (Hernández, 1989)⁶. El 27 de febrero permitió la irrupción en la política nacional de sectores populares que hasta ese momento, y desde el proceso de conformación de la Venezuela moderna, habían estado mediatizados por la acción de los partidos políticos. Aún sin organización y sin propuestas claras, los desposeídos entraron en escena para intentar equilibrar la balanza en un juego en el que hasta ahora sólo intervenían los poseedores, los dueños del poder político y económico.

6 Tulio Hernández afirma lo siguiente: “Los sucesos recientes de lo que hablan es, entre otras cosas, de la irrupción desbocada del sentimiento de exclusión tratando de hacer justicia, intentando hacerse oír. Una clase, o mejor dicho, un sector amorfo de la sociedad que no se siente representado ni por las direcciones sindicales, ni por ninguno de los partidos que conforman nuestro sistema político”.

El levantamiento popular del 27 de febrero en Venezuela ejemplifica las múltiples respuestas que nuestros pueblos le dieron a las políticas neoliberales aplicadas en las últimas décadas. La fortaleza histórica de este levantamiento permitió en el corto plazo la destitución del presidente Carlos Andrés Pérez (1993), ejemplo que se expandió por el continente, y llevó a la salida del poder de otros presidentes que también aplicaron paquetes económicos neoliberales: Color de Mello en Brasil (1992), Alberto Fujimori en Perú (2000), Sánchez de Lozada (2003) y Carlos Mesa (2005) en Bolivia, Fernando de la Rúa en Argentina (2001), Abdalá Bucaram (1997), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) en Ecuador⁷. Todos ellos salieron del poder mediante grandes movilizaciones populares que enarbolaban consignas contra las políticas neoliberales, unidas a la pérdida de confianza en las instituciones democráticas, corroídas por el clientelismo y la corrupción de los gobernantes.

Las características presentes en el fortalecimiento de la izquierda latinoamericana se condensan y potencian casi todas en el ejemplo venezolano:

- Desprestigio de los partidos tradicionales y pérdida progresiva de su caudal electoral.
- Desprestigio de la institucionalidad democrática liberal que por décadas había funcionado para beneficio de la burguesía proimperialista.
- Debilitamiento de las organizaciones sindicales tradicionales e incapacidad de canalizar el descontento social creciente.
- Crisis en los bloques sociales de poder (crisis de las alianzas entre partidos de derecha, sectores burgueses, iglesia, medios, sindicatos, jerarquía militar, sociedad civil).
- Irrupción en la lucha política de sectores sociales históricamente marginados del poder.

7 Como dice James Petras: “Desde comienzos de la década de 1990, se produjeron en toda América Latina movimientos extraparlamentarios sociopolíticos masivos, acompañados por alzamientos populares a gran escala que llevaron al derrocamiento de diez presidentes neoliberales clientes de EEUU/UE: tres en Ecuador y Argentina, dos en Bolivia y uno en Venezuela y Brasil”.

- Crecimiento electoral vertiginoso de nuevas fuerzas políticas de izquierda.

En el caso venezolano se presenta un fenómeno particular que le ha permitido al gobierno bolivariano la solidez de la que tal vez carecen las otras experiencias latinoamericanas: nos referimos al fortalecimiento de un **movimiento militar nacionalista**. Si bien el nacionalismo militar tiene toda una trayectoria histórica en el siglo XX latinoamericano, y cuyas raíces se encuentran en la misma guerra de independencia de comienzos del XIX, en las últimas décadas sólo ha despuntado en términos militares el movimiento bolivariano que irrumpió con Chávez el 4 de febrero de 1992.

Esta particularidad de la experiencia venezolana la ha hecho incomprendible para los analistas de la nueva izquierda, los cuales evidentemente son influenciados por los prejuicios de la vieja izquierda. Sobre todo por el peso histórico de las dictaduras militares que en los 60, 70 y 80 asolaron a los principales países del continente suramericano: Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Perú. Esta circunstancia lleva a que muchos de los autores aquí considerados, como Borón (2005), Rodríguez y Santos (2005) prácticamente ignoran o valoran mínimamente la experiencia del gobierno bolivariano de Hugo Chávez, a pesar de que la fuerza expansiva de la llamada revolución bolivariana se hace sentir en todos los rincones del continente y se ha convertido cada vez más en el país abanderado de la insubordinación latinoamericana ante los dictados del imperio estadounidense. En este aspecto, contrasta la actuación de teóricos como Marta Harnecker, quien sí ha valorado esta participación militar dentro del proceso venezolano (Harnecker, 2005).

Pero como se demostró de manera contundente durante el golpe de estado que derrocó a Chávez el 11 de abril de 2002, la fuerza decisiva de la revolución bolivariana no está en los militares nacionalistas sino en el pueblo insubordinado. Hemos caracterizado a este fenómeno como “insubordinación popular generalizada”, para explicar los acontecimientos a partir del 27 de febrero de 1989. Si bien no creemos que este estado de insubordinación popular sea permanente en el tiempo, los hechos confirman que todavía se mantiene, y resurge con fuerza en cada coyuntura de crisis. En otro lugar hemos comparado esta insubordinación popular con

la que estalló en Venezuela a partir de 1812 y que se mantuvo con altos y bajos hasta 1863 (López, 2004).

Este movimiento popular venezolano difiere sustancialmente de otros movimientos sociales que a su vez han apuntalado el surgimiento de la izquierda en otros países. Las organizaciones indígenas de Bolivia y de Ecuador, base fundamental de los triunfos electorales de Evo Morales y de Rafael Correa respectivamente, mantienen un alto nivel de organización y de coherencia programática, y la fuerza de su movilización ha derrocado a varios gobernantes, como ocurrió con Jamil Mahuad en Ecuador, en enero de 2000, y con Gonzalo Sánchez de Lozada, en Bolivia en 2003.

Los movimientos de Piqueteros en Argentina y el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, si bien no han estado vinculados de manera directa a los triunfos electorales de Kirchner y de Lula, su fuerza movilizadora representa un factor político de primer orden en sus países. Al igual que los movimientos indígenas, estos movimientos expresan altos niveles de organización, aunque la experiencia piquetera pudiera acercarse más al espontaneísmo y la irreverencia propia de las pequeñas y múltiples organizaciones populares venezolanas.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que **América Latina hoy es recorrida por el fantasma de los movimientos sociales** insubordinados ante los poderes tradicionales. Estas fuerzas populares se vienen manifestando de múltiples formas, haciendo difícil crear una tipología única. El triunfo electoral del ex-obispo Fernando Lugo en Paraguay es una nueva demostración de la gran diversidad de expresiones políticas que tiene esta nueva izquierda latinoamericana.

Por detrás de los líderes políticos que canalizan electoralmente el descontento popular, existen poderosas fuerzas sociales que han emergido progresivamente en las dos últimas décadas. Hugo Chávez es un militar, Daniel Ortega un guerrillero, Evo Morales un campesino cocaleiro, Rafael Correa un economista graduado en Estados Unidos, Néstor Kirchner y su esposa Cristina Fernández son militantes de la izquierda peronista, Lula Da Silva un obrero metalúrgico, Fernando Lugo un obispo hasta el año pasado, Tabaré Vázquez un médico de raíces populares, Michelle Bachelet es hija de un militar nacionalista. Una gran diversidad entre ellos y entre las fuerzas políticas que los sustentan en el poder. Lo que los une son los movimientos populares, la fuerza del pueblo que se

ha levantado contra los paquetes neoliberales y contra las viejas democracias representativas.

Esta circunstancia hace prever que probablemente los liderazgos actuales de la nueva izquierda que no logren mantenerse en sintonía con los reclamos populares, serán sustituidos eventualmente por líderes y organizaciones más radicales. Un ejemplo de ello es lo ocurrido en Ecuador con Lucio Gutiérrez, quien inicialmente emergió como participante (en su condición de militar) del levantamiento indígena que derrocó al presidente Jamil Mahuad en el 2000, para luego ganar la presidencia y aplicar las mismas medidas neoliberales que habían originado las protestas contra Mahuad. Gutiérrez terminó siendo derrocado de la misma forma, y el proceso ecuatoriano ha dado paso a la presidencia sorpresiva de Rafael Correa en 2006, quien expresa un programa político mucho más radical, enfrentado a los organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Es necesario observar que este proceso que vive América Latina se desarrolla bajo los mismos peligros represivos que históricamente han cercenado todos los anteriores proyectos nacionalistas y/o socialistas intentados en estas tierras. El golpe de estado de abril de 2002 contra el presidente Chávez sólo vino a corroborar que los Estados Unidos están permanentemente a la espera de una oportunidad política para barrer por medio de la fuerza a estos gobiernos de izquierda que amenazan considerablemente su, hasta ahora, poderosa influencia en el continente. Pero pareciera que las circunstancias históricas se hacen cada vez menos favorables a esa posibilidad, y nos remitimos a hechos como el aislamiento de los Estados Unidos en la OEA, a la derrota de la propuesta del ALCA, y a la misma crisis económica interna que atraviesan los norteamericanos, que junto al empantanamiento de la guerra en Irak y en Afganistán, configuran situaciones poco favorables para intervenir directa o indirectamente en el derrocamiento de gobiernos en América Latina.

Sin embargo, como lo enseña la experiencia histórica, las crisis del capitalismo pueden propiciar guerras, o dicho de otra forma, la guerra ha sido utilizada históricamente por el capitalismo para salir de las crisis. La exacerbada beligerancia del presidente Uribe como ariete fundamental del Plan Colombia, y las propuestas secesionistas de la región de Santa Cruz en Bolivia, son expresiones políticas indicadoras de que los Estados Unidos mantienen una fuerte ofensiva, a pesar del aparente debilitamien-

to de su influencia en el área. El ataque militar colombiano contra las FARC en territorio ecuatoriano, componente de un Plan Colombia que extiende su amenaza a todos los países limítrofes con dicha nación, y una eventual confrontación o guerra civil en Bolivia, son dos escenarios de confrontación militar que ha venido construyendo el imperio yanqui como posibles alternativas de “solución final” ante este despertar de la izquierda latinoamericana.

3. ¿Contra el neoliberalismo, contra el capitalismo o reformismo puro y simple?

Borón (2005), Rodríguez (2005) y otros coinciden en resaltar el derumbe de la experiencia neoliberal en Argentina, con la caída del gobierno de Fernando De la Rúa en el 2001, como ejemplo decisivo en la formulación de políticas antineoliberales como oferta política de la nueva izquierda.

Al respecto, Borón (2005) se refiere al agotamiento del neoliberalismo como un factor que ha favorecido el resurgir de la izquierda. Pensamos que más que de agotamiento, se debería hablar de las consecuencias del neoliberalismo como factor desencadenante de la protesta social latinoamericana. Todas las fuerzas políticas de izquierda han triunfado manifestándose abiertamente en contra de las políticas neoliberales aplicadas en la región desde hace tres décadas. Pero el problema se ha presentado una vez que estas fuerzas de izquierda han llegado al poder. ¿Realmente existen programas contra el neoliberalismo en la izquierda latinoamericana? Según Borón, los resultados de la izquierda en el gobierno han sido decepcionantes, y se fundamenta en el análisis del gobierno de Lula en Brasil, quien ha aplicado las mismas políticas neoliberales que antes criticó. Rodríguez coincide en resaltar que la nueva izquierda latinoamericana no tiene una alternativa acabada y cierta frente al modelo neoliberal (Rodríguez y Barrett, 2005). James Petras es de la opinión que en los gobiernos de izquierda latinoamericanos las posiciones nacionalistas han imperado por encima de las necesidades de la lucha de clases (Petras, 2006); en otras palabras, las necesidades del desarrollo nacional son presentadas como prioritarias ante las reivindicaciones específicas de las clases populares por obtener mejores niveles de vida.

Pero a diferencia de Lula en Brasil, Tabaré Vázquez en Uruguay o Bachellet en Chile, en Venezuela el presidente Chávez ha ido más lejos que cualquier otro en la definición y aplicación de un programa antineoliberal. Su férrea oposición al ALCA y la campaña desatada contra el mismo condujo al fracaso estrepitoso de esta propuesta norteamericana. De igual forma, Chávez se ha desvinculado de instituciones como el FMI y el Banco Mundial, apoyándose en los altos ingresos petroleros de los últimos años. En contrapartida, ha desarrollado grandes planes de inversión social que atacan la pobreza en sus diversas manifestaciones: salud, educación, abastecimiento.

Aunque sin trascender totalmente las políticas neoliberales, Chávez ha ido mucho más lejos formulando un programa anticapitalista, que busca superar tanto la explotación del trabajo como la democracia formal representativa. Aunque este programa aún se presente difuso y nebuloso, existen iniciativas prácticas como los consejos comunales⁸ que ejecutan una forma de democracia participativa inédita y que trasciende incluso las experiencias locales de presupuesto participativo que el Partido de los Trabajadores brasileño desarrolló en algunas alcaldías como Porto Alegre y Sao Paulo en los años noventa. En el plano productivo, aunque también han sido formuladas propuestas radicales como los consejos de trabajadores⁹, Chávez se ha centrado en fortalecer el papel del estado asumiendo el control de empresas que antes habían sido privatizadas, como ha sucedido con la compañía telefónica CANTV, la siderúrgica SIDOR, empresas eléctricas, y diversas empresas petroleras que ahora son socios menores del estado.

Este fortalecimiento del estado es una propuesta que realizan autores como Dieterich y Borón. Este último habla de la necesidad de "...una vigorosa reconstrucción del estado, destruido por las políticas ortodoxas..." (Borón, 2005: 415). Dieterich por su parte formula la importancia

8 Los consejos comunales son formas de organización comunitaria que se organizan a partir de una cantidad de familias (200 a 400) en cada comunidad, y que tienen potestad para administrar su propio presupuesto de obras y tareas sociales. La organización de mancomunidades de consejos comunales fortalece el impacto social de éstos, acercándolos a una escala parroquial.

9 Aplicados en experiencias concretas como en la fábrica de aluminio Alcasa, en el Estado Bolívar.

del "...capitalismo proteccionista de estado..." entendida como una estrategia de carácter regional, la cual debe ejecutarse mediante instrumentos como el MERCOSUR (Dieterich, 2001: 97).

En este plano de las propuestas superadoras del neoliberalismo se han ido conformando dos grandes bloques dentro de la nueva izquierda latinoamericana. Por una parte el gobierno de Lula en Brasil, quien se resiste a abandonar las políticas neoliberales, y que en el último proceso en el cual fue reelecto le significó el desprendimiento de una tendencia de izquierda que obtuvo cierto porcentaje de votos. Junto a Lula, se ubican los presidentes que provienen de fuerzas políticas más cercanas a los tradicionales partidos históricos, como es el caso de Bachelet en Chile y Tabaré Vázquez en Uruguay. En el bando opuesto, el presidente Chávez ha propuesto la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), en la cual se han integrado Cuba, Nicaragua y Bolivia, la cual representa un programa más radical en la dirección de superar tanto al neoliberalismo como la dependencia histórica hacia los centros de poder mundial. Gobiernos como el de Correa en Ecuador, y el nuevo gobierno de Lugo en Paraguay, pudieran incorporarse en el corto plazo a esta iniciativa del ALBA.

Este dilema de la izquierda latinoamericana seguirá siendo un punto crucial de debate en los años venideros. Si estamos inexorablemente condenados a arrastrar, como dice Rodríguez, la herencia del neoliberalismo expresada en una dualidad presente en los gobiernos de izquierda, con una "...mano derecha..." que mantiene las políticas ortodoxas neoliberales, y una "...mano izquierda..." que ejecuta los programas sociales que buscan superar al mismo neoliberalismo (Rodríguez y Barrett, 2005: 41).

¿Hasta dónde se puede trascender el reformismo puro y simple? ¿Hasta dónde se puede avanzar en un programa que resuelva los problemas de fondo que han impedido históricamente el pleno desarrollo económico y social de América Latina? ¿Hasta dónde existe la disposición a avanzar por caminos radicales en estos líderes de la nueva izquierda latinoamericana? Y también, ¿hasta dónde se puede avanzar con las fuerzas sociales que se tienen actualmente, evitando una reacción represiva de las burguesías y del imperio norteamericano?

Todas estas interrogantes serán respondidas en los años venideros. Por el momento, la revolución bolivariana que encabeza Hugo Chá-

vez se coloca al frente del programa radical de la izquierda latinoamericana, enarbolando el Socialismo del Siglo XXI como meta final de las actuales transformaciones sociopolíticas.

Conclusiones

Las reflexiones teóricas referidas al ascenso de la izquierda en América Latina se pueden ubicar en tres grandes tendencias teóricas, las cuales van acorde a lo que existe como práctica política real en los gobiernos y movimientos de izquierda latinoamericanos.

Una primera tendencia que enfatiza en que las condiciones mundiales imperantes hacen imposible el tránsito de la vía revolucionaria y socialista, y que es necesario avanzar por el camino de las reformas, mientras se acumulan fuerzas y se espera por épocas históricas más favorables. Estas reflexiones intentan justificar el desempeño de gobiernos como los de Lula Da Silva, Michelle Bachelet y Tabaré Vázquez.

Una segunda postura intenta acompañar los gobiernos más radicales como son los de Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega, Rafael Correa y, por supuesto, la Cuba revolucionaria. En esta dirección se postula el llamado Socialismo del Siglo XXI, basado en la democracia participativa y en la economía social, y la superación de las transformaciones nacionales en aras de conformar un poderoso movimiento de integración regional que comience a desprenderse de las ataduras dependientes con respecto a los Estados Unidos y demás factores del capitalismo global.

Y una tercera propuesta que, saliéndose de los esquemas tradicionales de la izquierda y colocándose en sintonía con la rebeldía y la irreverencia de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, promueve la construcción de poderes alternativos al estado capitalista, despreocupándose de las contiendas electorales y de la gestión institucional, y ocupándose de la vida cotidiana de los pueblos, de sus expresiones de resistencia cultural y prácticas alternativas en lo productivo. Esta tendencia intenta justificar actuaciones como las del EZLN en México, y de movimientos como los piqueteros en Argentina. Aunque por ello no deja de abarcar a expresiones de lucha popular que están presentes en prácticamente todos los países del área.

Todavía no se realiza un estudio a fondo de los desarrollos más recientes de este crecimiento izquierdista latinoamericano. En los últimos años hemos presenciado una estridente batalla entre el gobierno de Estados Unidos por una parte, y el presidente Hugo Chávez por la otra, este último contando con cada vez más aliados en el continente. Esta batalla que se libra tanto en los medios como en instituciones como la OEA, la ONU y otros organismos internacionales, ha colocado casi como poderes paralelos al poderoso imperio norteamericano y a la pequeña República Bolivariana de Venezuela, que en territorio, población y potencialidad económica no se acerca ni al 10 % de la fuerza imperial norteamericana.

Prácticamente todos los acontecimientos significativos de América Latina son asociados a Hugo Chávez. Los procesos electorales en países como Costa Rica, México, Paraguay o Perú son determinados, según la propaganda gringa, por la mayor o menor influencia que en ellos pueda tener el gobierno de Chávez. El accionar de la guerrilla colombiana y el tráfico de drogas hacia el norte, también son asociados a esferas de actuación del gobierno venezolano. El inusitado interés del gobierno de Bush por atacar y desprestigiar al gobierno bolivariano hace pensar que el despertar de la izquierda latinoamericana sí constituye realmente un acontecimiento histórico de relevancia, que ha abierto una época de cambios políticos que en el mediano plazo pudieran trastocar la tradicional hegemonía yanqui sobre lo que siempre ha llamado “su patio trasero”.

Como dicen diversos autores aquí reseñados, desde los años 90 se abrió en América Latina un período de auge social, de movilización popular, de derrumbe de las viejas instituciones y de las viejas formas de representación, y por ahora nada parece indicar que este período se esté agotando. Por lo contrario, el desgaste prematuro de algunas referencias transformadoras parece estar siendo sustituido por propuestas más radicales aún. Los movimientos sociales parecen estar tomando un respiro para iniciar de nuevo una presión hacia cambios de mayor trascendencia. La rueda de la historia ha comenzado a girar en Latinoamérica, una circunstancia que tal vez no se presentaba regionalmente desde la época de la independencia. Por ahora, los pueblos de América Latina parecen decididos a determinar su futuro por sí mismos, sin sujeciones imperiales ni tutelajes tradicionales.

Referencias bibliográficas

- BORÓN, Atilio. 2005. La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI. En: Rodríguez, Barrett y Chávez, editores. 2005. La nueva izquierda en América Latina. Grupo Editorial Norma. Bogotá, Colombia.
- DIETERICH, Heinz. 2001. Bases de la democracia participativa y del nuevo socialismo. Alcaldía de Caracas. Caracas, Venezuela.
- FUKUYAMA, Francis. 1992. El fin de la historia y el último hombre. Editorial Planeta. Madrid, España.
- HARNECKER, Marta. 2005. Venezuela: Militares junto al pueblo. Ministerio de Comunicación e Información. Caracas, Venezuela.
- HARNECKER, Marta. 2004. Venezuela, una revolución sui géneris. Ministerio de Estado para la Cultura. Conac. Caracas, Venezuela.
- HERNÁNDEZ, Tulio. 1989. El tercer saqueo. En: Cuadernos del CENDES N° 10. Editorial Vadell Hermanos. Caracas, Venezuela.
- HOLLOWAY, John, 2005. Clase=Lucha. Antagonismo Social y Marxismo Crítico. Vadell Hermanos Editores. Valencia, Venezuela.
- HOLLOWAY, John. 2002. Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy. Vadell Hermanos Editores. Valencia, Venezuela.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, Roberto. 2004. Raíces Históricas del Proceso de Cambios en Venezuela. Revista MINIUS. Departamento de Historia, Arte e Xerografía. Universidad de Vigo. Ourense, España.
- PARRALUZARDO, Gastón. 1998. De la nacionalización a la apertura petrolera. Derrocambe de una esperanza. Centro Experimental de Estudios Latinoamericanos (CEELA). Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela.
- PETRAS, James. 2006. Petras, Evo, Chávez y el Imperialismo. En: <http://www.voltairenet.org/article139664.html#article139664>. Fecha de consulta: 5 de mayo de 2008.
- RODRÍGUEZ, BARRETT y CHÁVEZ, editores. 2005. La nueva izquierda en América Latina. Grupo Editorial Norma. Bogotá, Colombia.
- SANTOS, Boaventura de Sousa. 2005. Una izquierda con futuro. En: Rodríguez, Barrett y Chávez, editores. 2005. La nueva izquierda en América Latina. Grupo Editorial Norma. Bogotá, Colombia.